

ct

Desde la otra orilla

de
José Cruz

(fragmento)

VICENTA

(a la foto de su hijo)

¿Quieres que te cuente una cosa?

Voy a contarte una cosa que tu padre no sabe.

Cuando eras chico, a mí me daba por pensar en el momento en el que tú fueras ya un señor mayor y yo, aunque vieja, no te sacara tanta ventaja.

Podríamos pasear por la calle y sentarnos a tomar un café y, el que nos viera desde lejos, podría decir: ¡mira qué matrimonio más salado!

¿Qué te parece?

Yo soñaba con ese momento.

Pero nunca se lo conté a tu padre.

No.

Estas cosas son difíciles de entender para un hombre.

Tu padre siempre quiso tener un hijo.

Andaba como loco por tener un hijo.

Y yo también.

Pero sus ganas eran más.

O distintas.

¿Y si te pongo junto a la ventana?

Así podrías ver el río.

Bueno, como tú quieras.

En fin,

¿qué te estaba contando?

Pues eso.

Que cuando tú eras chico, yo ya te quería ver viejo.

Y, mira por dónde, ahora entiendo por qué.

Ponte que estuviéramos en un parque, con otros niños, pues las madres no hacían más que dar voces: “Mengano, de ese árbol no pases. Zutano, no te quiero perder de vista”.

Y tú a mis pies. O a los pies de Dolores.

Eras un niño muy tranquilo.

Las madres de los otros se admiraban: “¡Vicenta, qué suerte que tienes!”.

Lo decían, ya sabes, con cierto retintín, porque en el fondo no me tenían ninguna envidia.

En el fondo pensaban, “ahí te las tengas tú con tu chiquillo, Vicenta”.

Y las entiendo.

Sus hijos podían llegar hasta el final del paseo y trasponer hasta donde los raíles pero nunca estaban tan lejos como tú.

Por cierto, hay que decirle a la Dolores que no riegue tanto las plantas. Las tiene “ahogás” Aquí, con el aire del río, es suficiente.

Yo te tenía miedo.

A tu padre tampoco se lo he contado nunca.

¡Figúrate!

Cuando supe que estaba embarazada, tarde en decírselo, no sé, tres o cuatro días.

Volvía de visitar los campos, se sentaba a la mesa y yo misma le llevaba su vasito de vino. Y lo dejaba ahí, pun, encima de la mesa. Y daba cuatro pasos atrás. Como las criadas. Y me quedaba un rato largo mirándolo, como una tonta.

Lo que tiene ser joven.

Yo me moría de ganas de decírselo y, nada, no podía.

Lo mismo estaba cepillándome el pelo, a la noche, y lo sentía entrar en el cuarto y, en lugar de hablarle, me liaba una trenza.

O me iba a la cocina a por un vaso de agua.

¡Qué cosas!

Yo no entendía nada entonces, pero ahora sí.

Yo te quise desde el primer momento,
de una manera inesperada,
como quieren las bestias a sus criaturas.

A ver cómo te lo puedo explicar.

Ponte que yo fuera una yegua y tu padre un jinete.

Ponte que tú fueras un potro.

¿Qué habría hecho tu padre nada más verte salir de mí?

Te habría palpado las patas,

te habría buscado el pulso en el pescuezo

para ver qué rápido y qué fuerte

es el caballo que hay en ti.

Pues así son los hombres.

Los hombres pueden querer de una manera un poco más civilizada que nosotras.

Yo no sé si me entiendes.

Quiero pensar que sí.

Me quedé embarazada y, desde ese mismo instante, supe lo que era ser una lagartija y una perra y una planta cuajadita de flores.

Las niñas, cuando se enamoran, descubren que hay una espina dentro de cada poesía pero, cuando son madres, se ven arrastradas a un lugar donde no valen las palabras.

Y eso da mucho miedo.

¿O no?